

LOS ESTADOS DESPOTICOS

CAPILLA ALFONSO

INTRODUCCION.

LOS CONQUISTADORES Y SU MISION.

Las teocracias parecen inmutables y eternas. Jerusalem está convertida en ruinas; los Judíos andan errantes por toda la tierra; sin embargo, la legislación de Moises, hace de todos los adoradores de Jehová una sola nacion. La sociedad brahmánica ha resistido á todos los conquistadores civilizados y bárbaros. Al otro lado del Indo todo varía; inmensas monarquías se elevan y caen con una espantosa movilidad; «Babilonia, Ninive, Ecbatana, Persépolis y Tiro no existen ya; á unos pueblos suceden otros pueblos, á unos imperios otros imperios. Ya no hay naciones que se llamen Babilonia, Asiria, Caldea, Media, Fenicia. Su dominacion y sus ciudades están destruidas; los hombres, dispersos acá y allá, están olvidados bajo nombres diferentes» (1).

Esta triste inestabilidad de las cosas humanas ha inspirado una bella página al autor de las *Ruinas* (2): «Aquí, me digo, aquí floreció en otro tiempo una ciudad opulenta; aquí tuvo su asiento un poderoso imperio. ¡Sí! estos lugares, hoy tan desiertos, estaban poblados en otro tiempo por una multitud animada; una

(1) HERDER, *Ideen zur Philosophie der Geschichte*, XII.
(2) VOLNEY, *las Ruinas*, c. 2.

muchedumbre activa circulaba por estos caminos, hoy solitarios. En estos muros, donde hoy reina un triste silencio, resonaban el ruido de las artes y los gritos de fiesta y alegría; estos mármoles amontonados formaban palacios; esas columnas caídas adornaban la majestad de los templos..... ¡Y ved ahora lo que subsiste de esa poderosa ciudad, un lúgubre esqueleto!..... ¡Los palacios de los reyes se han convertido en guaridas de fieras; los umbrales de los templos sirven de redil á los rebaños, y los reptiles inmundos habitan el santuario de los dioses!..... Y la historia de los tiempos pasados se pintó vivamente en mi pensamiento..... Esta Siria, me decía; hoy casi despoblada, contaba en otros tiempos cien ciudades poderosas..... ¿Qué ha sido de tan brillantes creaciones de la mano del hombre? ¿Dónde están aquellas murallas de *Nínive*, aquellos muros de *Babilonia*, aquellos palacios de *Persépolis*, aquellos templos de *Balbeck* y de *Jerusalén*? ¿Dónde están las flotas de *Tiro*, las canteras de *Arad*, los talleres de *Sidon* y aquella multitud de marineros, de pilotos, de comerciantes, de soldados?..... ¡Ah! yo he visitado los lugares que fueron el teatro de tanto esplendor, ¡y no he visto más que abandono y soledad!..... Yo he buscado los antiguos pueblos y sus obras, y no he visto más que la huella semejante á la que el pié del pasajero deja en el polvo..... ¡Gran Dios! ¿De dónde vienen tan funestas revoluciones? ¿Por qué se han destruido tantas ciudades? ¿Por qué aquella antigua población no se ha reproducido y perpetuado?»

Á estas cuestiones el árabe responde que el *Diluvio* ha destruido las ciudades y los pueblos (1); el europeo que visita aquellas ruinas se siente inclinado á creer en la *fatalidad*. No hay ni Diluvio ni fatalidad. Una ley providencial rige aquellas revoluciones que nos espantan ó nos entristecen. Las tumbas de los hombres despiertan la idea de la inmortalidad y de una vida progresiva; los sepulcros de las naciones y de las ciudades nos explican el enigma del destino futuro de la humanidad.

Las ruinas que cubren el Asia Occidental dan una idea de los conquistadores que han fundado aquellas pasajeras dominaciones. Muchas veces se ha celebrado la vida pacífica y las virtudes de los

(1) RAUMER, *Vorlesungen über die alte Geschichte*, t. I, p. 109.

pueblos pastores. En la *Iliada*, Júpiter separa su mirada de las sangrientas llanuras de Troya, para fijarla en los Tracios, «que se alimentan de leche», y en los Escitas, «los más justos de los hombres.» *Horacio* canta la pureza de sus costumbres (1). Los historiadores y los geógrafos rivalizan con los poetas en sus descripciones imaginarias. El rasgo que domina en estas pinturas ideales es el de que los Escitas son un pueblo esencialmente pacífico: «no hacen la guerra más que para defenderse; son de un natural tan dulce, que temerian el herir á un animal» (2). *Herodoto* únicamente (3) pinta á los nómadas al natural: «Viven en hostilidades permanentes, dice; sacrifican sus prisioneros á Marte.» Su derecho de guerra es semejante al de los salvajes de América. «Un escita bebe la sangre del primer hombre que derriba; corta las cabezas á los que mata en los combates, y las presenta al rey; sólo á este precio tiene su parte en el botín.» *Herodoto* explica cómo los Escitas desuellan las cabezas: «Suspenden la piel de la brida de sus caballos; son estimados en proporción de estos espantosos trofeos. Muchos desuellan la mano derecha de los enemigos que han matado, y hacen de ellas cubiertas para sus aljabas. Otros los desuellan por completo, y llevan las pieles sobre sus caballos. En cuanto á los cráneos de los enemigos más notables, hacen con ellos copas para beber.» Pongamos junto á las narraciones de *Herodoto* el cuadro trazado por el historiador chino *Matouanlin*; es una pintura admirable del derecho del más fuerte, que reina entre los bárbaros conquistadores del Asia: «No saben qué es la justicia..... Los más fuertes escogen lo mejor en las comidas; los ancianos comen y beben lo que los primeros han dejado. No hay entre ellos más nobles ni personas distinguidas que las que tienen más fuerza y valor que los demas, y no hay despreciados más que los ancianos y los débiles» (4).

El estado físico de los países que habitan estos pueblos y la influencia de la vida pastoril explican sus costumbres guerreras, sus

(1) ILIAD., XIII, 4-6. — HORAC., Od., III, 24.

(2) STRAB., VIII, 206-210. — POMP. MELA, III, 5. — JUST., II, 2. — Q. CUR., VII, 6. — EPHORI *Fragm.* 78.

(3) HEROD., IV, 13, 62-66, 103.

(4) RÉMUSAT, *Investigaciones sobre los tártaros*, p. 5 y sig.

invasiones y la decadencia de sus imperios. La vida de los pastores es una existencia de ocio; consagran sus ratos desocupados, no ya á los dulces goces del amor y de la armonía, como lo han cantado los poetas, sino al ejercicio violento y sanguinario de la caza. Para los Escitas y los Tártaros ha sido siempre la caza una escuela de guerra; no es solamente un placer individual, sino tambien una ocupacion nacional. Los jefes de tribus dirigen las cacerías generales, cuyas combinaciones, fatigas y peligros son una imagen de los combates. Obligados, por otra parte, á marchar de un lugar á otro para proveer á su subsistencia, nada ata á los nómadas al suelo que les vió nacer; llevan su patria con sus tiendas y rebaños.

Las mesetas de Asia crían una numerosa raza de caballos, fáciles de adiestrar para la caza y para la guerra (1); el Escita, siempre á caballo, acaba por identificarse con el compañero de su vida; come, bebe y duerme á caballo. ¿No parece que la Providencia crió estos pueblos para la guerra de invasion? (2).

Si los nómadas nacieron para conquistadores, los habitantes del Mediodía parece que nacieron para ser conquistados. *Montesquieu* nota «que en Asia, las naciones fuertes y las débiles están alternativamente contrapuestas. De la misma manera que los lugares situados en un clima muy frio lindan con los de un clima cálido, así tambien los pueblos guerreros, bravos y activos tocan inmediatamente á pueblos afeminados, perezosos, tímidos; es, pues, preciso que el uno sea conquistado y el otro conquistador.»

Las conquistas de los pueblos nómadas se parecen más á un trastorno de la naturaleza física que á nuestras guerras. Salen de sus estepas ó descienden de sus montañas para inundar con la rapidez de un torrente las fértiles llanuras del Asia; diríase que van á conquistar el universo; ellos mismos, en su ignorancia del mundo, no ven límites á su dominacion; créense los dueños de la tierra. Y, en verdad, sus vastas conquistas tienen algo de prodigioso (3): sus imperios no tienen otros límites que el ardor de la in-

(1) Sus caballos son más veloces que las panteras; su caballería llega como una bandada de águilas hambrientas por devorar (HABACUC, I, 9).

(2) GIBBON, *Historia de la decadencia del imperio romano*, c. 26.

(3) Se ha visto combatir á los Mongoles á un mismo tiempo en Silesia y cerca de las murallas de la China.

vasion. ¿Por qué se han de detener mientras encuentren botín y sus caballos puedan correr?

Estas primeras conquistas nos muestran la guerra en toda su brutalidad. Los Ninos y los Ciro, esos conquistadores tan alabados en otros tiempos, tienen más del ave de rapiña que del guerrero (1). Los Escitas, como los Tártaros, son vencedores crueles; pasan al filo de la espada á los habitantes de las ciudades conquistadas (2), creen hacerles gracia cuando los venden ó los distribuyen entre sus soldados. Hay algo de bárbaro hasta en sus tratados de paz; mezclan su propia sangre con vino en una copa, en la cual mojan sus armas; los príncipes y los nobles beben de esta horrible mezcla (3). *Montesquieu* halla la razon de la crueldad de los nómadas en la impetuosidad de sus invasiones: «Las ciudades, dice, eran obstáculo para la conquista, no tenían arte ninguno para sitiárlas y se exponían mucho al hacerlo; vengaban con sangre toda aquella que acababan de derramar.» Nos parece que el derecho de guerra de los conquistadores del Asia se explica más naturalmente por los hábitos de ferocidad que contraían en sus cacerías y bandolerismo.

La organizacion y la decadencia de las monarquías asiáticas son tan uniformes como su establecimiento. Las conquistas de los pueblos nómadas no se parecen á las de los Griegos y Romanos: invaden los países conquistados del mismo modo que ocupaban las estepas de sus desiertos: no hay entre ellos idea alguna de gobierno. Herodoto hace notar que los Persas dejaban habitualmente á los reyes vencidos en posesion de sus estados, y cree ver en esta conducta una prueba de la humanidad de los vencedores (4). A su bárbarie y no á su clemencia debemos atribuir esta costumbre (5): los príncipes vencidos pueden lo mismo que los conquistadores cobrar los impuestos, y este es el único objeto de la administracion.

(1) Los poetas hebreos los comparan á las águilas (DEUTER., XXVIII, 49); á los leones (ISAÍAS, V, 29).

(2) «Ni tienen respeto al anciano, ni piedad del niño» (DEUTER., XXVIII, 50).

(3) HEROD., I, 106; IV, 70.

(4) HEROD., III, 15.

(5) Esta política se ha perpetuado en Oriente (CHARDIN, *Viaje á Persia*, T. X, p. 20, ed Lecoq).

Al desarrollarse, el régimen militar se convierte en un gobierno despótico. El poder absoluto de los jefes de las tribus ofrece un modelo; la poligamia favorece el despotismo ilimitado que reina aún hoy sobre los más bellos países de la tierra. Pero una decadencia fatal pone fin á estos imperios nacidos de la violencia y destinados á perecer por la violencia. Los vencedores adoptan las costumbres de los vencidos, porque los domina su cultura superior. El mayor atractivo que para ellos presenta la civilización son los goces materiales. La brusca transición de su existencia nómada á una vida de delicias los gasta; á la segunda generación los amos son tan afeminados como sus esclavos y están dispuestos á doblegarse bajo el yugo de una nueva horda de bárbaros que á su vez sufre la misma suerte.

Hé aquí cómo se elevaron y cayeron los imperios de los Asirios, Caldeos, Persas y Parthos; en la Edad Media el de los Arabes, y más tarde los de los Tártaros y de los Mongoles. *Montesquieu* dice que el Asia ha sido subyugada trece veces. A la vista de las ruinas acumuladas por los conquistadores, se puede preguntar si no tenían más misión que la de destruir y de verter sangre. Los huracanes y los temblores de tierra tienen sus leyes; ¿serán más fatales las revoluciones humanas? En la antigüedad la conquista es un instrumento providencial de progreso. Nada lo prueba tanto como la existencia de los estados teocráticos. La India parece más ocupada del mundo de las almas que del de la vida real; el Egipto vive replegado sobre sí mismo; Moisés aísla á su pueblo para hacer de él el depositario de la idea de Dios. Así las sociedades primitivas se concentraban en los límites de sus territorios; si revoluciones venidas de fuera no hubieran conmovido estos estados, su civilización hubiera permanecido estéril para el género humano y hubiera acabado por petrificarse. Era, pues, preciso un nuevo elemento en la vida en las naciones. Soldados del Dios de los ejércitos, los nómadas echaron los primeros fundamentos de la futura asociación de los pueblos. Con los ojos puestos en el porvenir, no temamos el seguirles en su camino de destrucción: la vida está oculta bajo las apariencias de la muerte.

La India no tiene historia. Con los estados despóticos entramos en el dominio de los hechos, pero el genio oriental no se ajusta to-

davía á la regla; no concibe lo finito. Si nos atuviésemos á las narraciones del sacerdote caldeo Beroso, contaríamos los años de las monarquías asiáticas por centenas de millares (1). Las tradiciones recogidas por los escritores griegos presentan también el mismo carácter de vaguedad que parece inherente al Oriente. ¿Cuál es la duración del vasto imperio de los Asirios? ¿Nino y Semíramis son personajes reales? La paciente erudición de los sabios modernos se ejercita hace siglos sobre estos puntos elementales de historia, y la incertidumbre continúa. ¿Qué será cuando pidamos á los autores antiguos detalles sobre el derecho de gentes de conquistadores semifabulosos? Algunos hechos sobrenadan, sin embargo, en este mar de dudas; consignémoslos para referir á ellos las narraciones históricas ó mitológicas sobre los conquistadores que han fundado y destruido los imperios del Asia.

El primer imperio de que los historiadores hacen mención es el de los Asirios. Todavía está envuelto en tinieblas; solamente á partir de su caída adquieren los hechos generales más precisión: las ruinas de las monarquías asiáticas nos son mejor conocidas que su esplendor. Parece percibirse en el movimiento que puso fin á la dominación asiria como un anuncio de las nacionalidades, espectáculo raro en el Oriente, que se somete con una resignación fatalista al derecho del más fuerte. Los Babilonios unidos á los Medos destruyen á Nínive. Babilonia hereda el poder y aún el nombre de los vencidos; llega á ser el centro de un imperio que abraza toda el Asia occidental. Pero una nueva invasión se prepara. Los Medos son los precursores de los Persas, que de un golpe se extienden sobre el Asia y amenazan al África y la Europa con el despotismo oriental.

Los autores antiguos nos suministran pocas nociones sobre la historia del derecho de gentes y de las relaciones internacionales durante este largo período. Tal vez no debamos quejarnos de no tener más detalles. Los que poseemos son muy parecidos, y esto no tiene nada de extraño cuando se considera la formación de los imperios asiáticos. Los pueblos que los fundan están todos en el mismo grado de civilización; nómadas, ávidos de pillaje y de destruc-

(1) EUSEBII, *Chronicon*, Pars I, p. 10 y sig. (Edic. de Venecia).

ción, sus guerras presentan todas el mismo espectáculo. La marcha general de sus conquistas indica la ley providencial á que obedecen. El imperio zenda es el primer núcleo de las monarquías orientales; encerrado en los límites de poblaciones unidas entre sí por los lazos de un origen y una religión comunes, participa todavía del aislamiento de los estados teocráticos. Las invasiones sucesivas de los pueblos nómadas rompen esa unidad y preparan una unidad superior. La luz que debe iluminar á la humanidad vendrá del Oriente, pero está destinada, sobre todo, á vivificar el mundo occidental; es, pues, preciso que el Occidente entre en relación con el Asia. La mano de Dios guía á los bárbaros conquistadores; rara vez sus armas se vuelven hácia el Oriente; á cada invasión se aproximan más al Mediterráneo, hasta que la ambición lleva á los Persas hácia el Africa y la Grecia. Allí se detienen sus victorias. No es bajo la ley del despotismo asiático como debe realizarse la asociación material del mundo; era incapaz de crearla, y hubiese sido todavía más impotente para sostenerla. La misión del Oriente se ha cumplido, desde el momento en que se ha puesto en contacto con Europa; el pueblo á quien los Grandes Reyes ceden la dominación del Asia continuará la obra de la unidad, para legarla á su vez á la Ciudad Eterna.

Así las nómadas de los desiertos se unen á los pastores de las estepas para invadir el Asia. Invaden primeramente la Babilonia. Babilonia era ya entonces la capital de un estado poderoso, pero encerrado por el Tigris y los riuos de los montes vecinos. El rey Nino se lo apoderó y sometió á tributos en cuanto á su rey. Nino se lo llevó así como á sus hijos, y más adelante á sus sucesores. Cual fue la suerte de Nino, tal fue la suerte de los reyes que le sucedieron. Los reyes de Babilonia se debían á su vez á los reyes de Asia. El rey de Babilonia se debía á su vez á los reyes de Asia. El rey de Asia se debía á su vez á los reyes de Babilonia. Los reyes de Babilonia se debían á su vez á los reyes de Asia. El rey de Asia se debía á su vez á los reyes de Babilonia.

LIBRO PRIMERO.

LOS ASIRIOS.

CAPÍTULO I.

EL IMPERIO ASIRIO.

Los antiguos gustaban de unir á un nombre el origen de las instituciones, y de todo lo que sucedía de bueno y de malo en la sociedad. Así es que Nino es representado, en cierto modo, como el inventor de las conquistas: «Antes de él, dice un historiador latino, se cuidaban más de defender las fronteras que de ensancharlas; Nino, por una ambición hasta entonces desconocida, hizo la guerra á sus vecinos, sometió pueblos todavía inhábiles para defenderse y llevó sus conquistas hasta las extremidades de la Libia» (1). *Justino* confiesa que Sesóstris había ya llevado sus armas al Asia; pero «satisfecho con vencer, no quiso mandar; Nino, por el contrario, afianzó su inmensa dominación por medio de una posesión continua.» Recojamos en las tradiciones sobre las hazañas del primer conquistador los rasgos que caracterizan el derecho de guerra de aquellos remotos tiempos.

Nino empezó por hacer una alianza con el rey de los Arabes.

(1) JUSTINO, I, 1.